

175 AÑOS DE INFANCIA MISIONERA

El 19 de mayo de 2018 la Obra Pontificia de la Infancia Misionera cumplió 175 años de su fundación. Fue en 1843 cuando Mons. Forbin-Janson puso en marcha esta sorprendente iniciativa misionera, la primera institución mundial dedicada a la infancia y la única –aún hoy– que no es sólo “para” los niños, sino “de” los niños, con ellos como protagonistas. Pero ¿quién fue ese obispo francés de quien el Espíritu se sirvió para regalar a la Iglesia esta Obra singular?

Forbin-Janson en busca de una vocación:

El relato de la vida del fundador de Infancia Misionera bien daría para escribir una novela o elaborar el guión de una película. Su trayectoria es un asombroso ejemplo de la importancia de mantener firme el timón en medio de las vicisitudes. “Yo soy una misión en esta tierra”, escribe **Francisco** en *Evangelii gaudium*, y . Forbin-Janson pasó casi toda su existencia en busca de la suya, sabiendo que esa misión estaba ahí –aunque nunca acabara de descubrirse del todo– y que debía perseverar en la esperanza –aunque los acontecimientos parecieran ir en su contra–. Con razón, el gran poeta **Paul Claudel** lo retrató diciendo que “durante largo tiempo dio a la Iglesia el raro espectáculo de un obispo en busca de una vocación”.

Los dos polos de una vida:

Carlos-Augusto-María-José Forbin-Janson nace en París en 1785, en el seno de una noble familia militar. Solo cuatro años después, la Revolución francesa obliga a sus padres a exiliarse en Alemania, lo que le lleva a experimentar, muy de niño y en carne propia, la vida del refugiado, la persecución, la inseguridad, el miedo y la pobreza. Es uno de los muchos “detalles” significativos que, desde el principio, van configurando su biografía en torno a dos polos: el desvalidamiento en la infancia y la misión como paradigma del apostolado.

Tras volver a su patria y hacer la primera comunión, el ya adolescente Forbin-Janson muestra su sensibilidad caritativa inscribiéndose en una asociación para ayudar a los más desfavorecidos en cárceles y hospitales. En la capilla del Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde se celebraban las reuniones, tendrá ocasión de escuchar referencias de la misión en China. Con suavidad, pero imparable, el segundo polo citado, el de la dimensión misionera, hace así su aparición explícitamente.

A Carlos Augusto se le presenta una prometedora carrera cuando **Napoleón** le nombra auditor en el Consejo de Estado. Sin embargo, percibiendo la llamada de Dios, no se deja seducir por esa perspectiva y en 1808 entra en el seminario de San Sulpicio, en París; allí tendrá como compañero al que será fundador de los Oblatos de María Inmaculada, san **Eugenio de Mazenod**, y dará muestras de su inquietud misionera. Ordenado sacerdote en 1811, y tras otros destinos iniciales, acabará regresando a París, donde se ocupará con ilusión de la formación cristiana de los niños de su parroquia.

La apasionada labor de apostolado que despliega entonces se manifiesta de forma especial en su dedicación a las “misiones populares”, para avivar la fe en la descristianizada Francia posrevolucionaria. Se ponen ahí de relieve sus dotes de elocuencia, y su amor y generosidad, que le llevan hasta a desprenderse de ropa para dársela a los más necesitados. Esta etapa concluye con su partida a Tierra Santa en 1817. Ese año y el siguiente, esta peregrinación le brinda la experiencia misionera de predicar retiros en Egipto, Palestina y Turquía.

El obispo de Nancy:

En 1824, Forbin-Janson es consagrado obispo de Nancy-Toul, al nordeste de Francia. Por entonces, mantiene un contacto muy estrecho con misioneros que le escriben y le solicitan ayuda. Pero no solo es que estuviera al corriente de la actualidad de las misiones de China: él mismo había acariciado pronto la idea de



ser misionero. De hecho, cuando la nueva revolución de 1830 le obliga a dejar su diócesis, acude al Papa para pedirle que le envíe al Extremo Oriente. Aunque **Pío VIII** accedió a su petición, su deseo no pudo cumplirse.

Mons. Forbin–Janson sigue desplegando una gran actividad caritativa y asistencial, hasta que un nuevo acontecimiento providencial le permite dar rienda suelta a su atracción por la evangelización *ad gentes*: invitado por obispos misioneros, marcha a América del Norte de 1839 a 1841. En Canadá, en el marco de una naturaleza espectacular, desarrolla sus predicaciones entre tribus nómadas, y recorre también después Estados Unidos. Mientras, va creciendo en él el deseo de crear una fundación a favor de las misiones.

A su regreso, siguen impactándole las noticias sobre los numerosos niños –y sobre todo, niñas– de China que, abandonados o fríamente asesinados, morían sin ni siquiera poder recibir el bautismo. Eran angustiadas peticiones de auxilio lanzadas por sacerdotes de esa Sociedad de Misiones Extranjeras de París a la que él mismo había pensado pertenecer; a ellas se une el impacto que le produce un documento anterior de uno de ellos, el *Aviso a las almas caritativas de Europa* (1779) del beato **Juan Martín Moyë**. La idea de salvar la inocencia de los niños de tierras de misión por medio de la inocencia de los niños cristianos va fraguando. Los dos polos de su vida van definitivamente a hacer contacto.



El presente explica el pasado:

Con estas inquietudes, en verano de 1842 Mons. Forbin–Janson acude a Lyon para hablar con **Paulina Jaricot**, la joven laica que, 20 años antes, había sentado las bases de la Obra de la Propagación de la Fe. Piensa en ella como su mejor interlocutora, y no se equivoca. A partir de esta entrevista decisiva, nuestro protagonista empieza a vislumbrar cómo organizar la ayuda a los niños de China, que acabaría plasmándose en un “doble gesto” de los pequeños de su diócesis: el rezo diario de una Avemaría más una jaculatoria por los niños de la misión, y la ofrenda de una moneda mensual.

El obispo se consagra a este proyecto para movilizar a los niños cristianos a favor de sus hermanos de tierras de misión; una Obra que, con el nombre de “Santa Infancia” –por la infancia de Jesús–, queda fundada el 19 de mayo de 1843. Es la respuesta a su inquietud de...¡casi 40 años!. Una fiel espera que lleva al obispo de Orleans, **Mons. Fayet**, a escribirle: “Si las pruebas por las que usted ha pasado, Monseñor, no hubieran tenido otra finalidad en los designios adorables de la Providencia que la de dejarle a usted el ocio y la libertad de formar en la Iglesia una obra tan hermosa, el presente explicaría el pasado y sería necesario bendecir a Dios, que cambia el mal en bien y que le conduce a usted a sus propios fines por los caminos más extraordinarios.

Para extender la iniciativa, recorre su patria y llega a Bélgica, donde recibe el apoyo de los reyes y del nuncio **Mons. Joaquín Pecci**, futuro **Papa León XIII**. La Santa Infancia obtiene enseguida muy buena acogida en Francia y adhesiones en todo el mundo, pero también tiene que vencer resistencias. Sin embargo, la actividad ágil de Forbin–Janson acaba por vencer malentendidos. Porque, al contrario de lo que temían los más recelosos, la nueva Obra no debilita, sino que refuerza la de la Propagación de la Fe e incluso se antitipa a la de San Pedro Apóstol –fundada en 1889–, al cubrir aspectos vocacionales que luego serán propios de ésta.

La recta final:

El fundador es consciente de que las bases para levantar el edificio son bien sólidas. En la contemplación de la infancia del Señor, descubre una excepcional vía para acceder al misterio de la Encarnación, incorporarse a Cristo y participar de su amor salvador; y, en los episodios evangélicos en que

Jesús se refiere a los niños, encuentra “un nuevo lenguaje de enseñanzas y ejemplos” que trasluce “su formal voluntad de devolver a la infancia sus derechos despreciados y añadir privilegios”. Solo resta caminar con confianza: “En cuanto al éxito, lo esperamos únicamente del Señor”, dice.

Para explicar el sentido de la Obra y organizar su funcionamiento, nuestro obispo, se servirá de su facilidad de palabra, y demostrará gran confianza en la propaganda “publicitaria” y “periodística”. De hecho, cuatro meses antes de morir, anuncia la creación –será ya en 1846– de los *Anales de la Santa Infancia*, una especie de correspondencia bidireccional entre los niños de las Iglesias más consolidadas y los de las misiones.



Agotado, Mons. Forbin–Janson fallece cerca de Marsella en julio de 1844, cuando la Santa Infancia no ha cumplido ni año y medio. No puede cumplir su sueño de ir a China, una vez asentada la Obra, ni llega a ver los envíos de religiosas que, a partir de 1847 –y en consonancia con otra intuición suya–, atenderán maternalmente las necesidades de los niños desvalidos en la misión. Pero la iniciativa recibe enseguida el respaldo de los Papas y, en 1922, por concesión de **Pío XI**, la calificación de “Pontificia”. Un apoyo de 175 años que aún puede resumirse en las palabras de ánimo que **Gregorio XVI** dirigió al obispo en los inicios: “Continúe fundando la Obra. Verdaderamente es Obra de Dios. Tiene nuestra bendición”.

Rafael Santos.
 Revista Misioneros Tercer Milenio
 Obras Misionales Pontificias-España